

la precipitó en la prostitución, el que la abandonó en la desesperación y en la miseria, no es un hombre digno.

Pero el otro, el que dispuso ese tormento infinito, el que desoyó la voz de la Naturaleza para arrastrar por los caminos á esas mujeres hambrientas y desfallecidas, acaso martirizadas á golpes y denostadas á injurias, no es un caballero.

Hay que decirlo aquí, en el hogar apacible y tranquilo, contemplando á la maga que sabe idealizarlo; palpando con afán las cabecitas rubias de esos niños que no destrozarán el corazón de ninguna mujer, ni menos la arrastrarán por el polvo.

¿Verdad que no, hijos míos? ¿Verdad que no?

## LAS CASAS VIEJAS

---

Madrid está lleno de escombros. Por todas partes halla el transeunte vallas, andamios, tejados á medio desarmar, huecos sin hojas ni vidriería, á través de los cuales se vislumbran los maderos de piso carcomidos y negros, los tabiques desvencijados, ornados con su última vestidura de papel policromo lleno de desgarrones. Desde la calle se ven los ahumados techos, por entre cuyas grietas penetra descarada la luz. Ha caído el murallón medianero y aparecen á la vergüenza las habitaciones sombrías, como temerosas de mostrar sus reconditeces. Aquello fué la sala, todavía ceremoniosa y austera, mostrando en sus lienzos grandes rectángulos que señalan el sitio en que fueron colgados los cuadros de familia; más allá el gabinete, azul ó rosa, que parece una jaula vacía y que fué un tiempo caja sonora de tiernas risas y charloteos. En aque-

llas alcobas de estucos amarillentos, la vida comenzó y se ha extinguido, mientras la luz, velada por una mano cariñosa, ha hecho oscilar y agigantarse en el techo las sombras como fantasmas mudos.

Todo ello se derrumba entre nubes de polvo con estrépito formidable. Tal vez sobre aquel informe pedazo de yeso hemos colgado la imagen de la mujer amada ó del hijo ausente; es posible que de aquellas astillas pendiera la lucerna que alumbró nuestras glorias; sobre aquel desencuadrado dintel tuvimos que apoyarnos al mirar estirarse los miembros rígidos del muerto inolvidable, con esa sacudida brutal que nunca olvidaremos y que nos recuerda que la vida, aun al despedirse, es dolor y sacudimiento. Todo cae, se quiebra, se deshace en polvo. Allí fué nuestra Itálica; dentro de poco será calle, plaza ó jardín. Del caserón informe que guardó en sus entrañas tanto misterio, de la negra edificación que un tiempo nos pareció inconvencional, y en cuyo seno tanto gozamos y sufrimos, no queda sino un recuerdo vago.

Es triste, pero es necesario. La transformación es la vida. Y todos queremos transformar nuestra gran ciudad, embellecerla, ensancharla, hacerla digna de nuestro tiempo. Todos, alguna vez, hemos marcado con

el dedo sobre el plano, lleno de líneas quebradas y sutiles, las vías ideales que haríamos pasar por su centro, las imaginarias avenidas que quisiéramos trazar en sus suburbios. Aquí habría un mercado, allí un parque, más allá una glorieta rodeada de plátanos y esmaltada de cedros. En aquel laberinto confuso de callejones sin luz, abríamos una soberbia rambla de ochenta metros; en esotro enredijo de pasadizos y encrucijadas, postigos y costanillas, colocaríamos un pulmón gigantesco, una plaza asombrosa, cercada de palacios y coliseos, de catedrales y de pinacotecas. Después doblamos aquel plano y lanzamos un interminable suspiro. Es la sed del espacio la que nos ahoga: una forma del ansia de lo infinito, que sólo puede desenvolverse en otra de sus formas, en el curso del tiempo.

Y el tiempo y el espacio ¿serán, en fin de cuentas, algo más que convencionalismos, ideaciones, fantasmas, producidos por la representación subjetiva? Para saber que el tiempo transcurre es preciso mirar cómo pasan las cosas, cómo se desvanecen, allá lejos en la penumbra de lo que fué; para concretar el espacio, hay que colocar en él, como piedras miliarias, seres que mueren, árboles que se secan, rocas que se desploman y edificios que se deshacen en polvo. Y

después, cuando regresamos al mismo sitio, y queremos interrogar al espacio y al tiempo, conocemos solamente su marcha por las canas que blanquean sobre nuestra frente y los recuerdos que palpitan en nuestro corazón.

Puede el hidalgo campesino abandonar la casa solariega y el labrador su cobertizo de tablas y raíces; cuando pasen los años y vuelva, allí le encontrará, más avejentado, más cubierto de polvo, más surcado de grietas y socavado de hendiduras. Pero allí permanece impasible, evocando dichas y despertando añoranzas. Aún se puede leer en el blasón de piedra la heroica impetuosidad del chozno y la resistencia gloriosa del sexto abuelo. Aún conserva la choza su puerta desquiciada de goznes, y, junto á la campana de la chimenea, el escaño renegrido. Los manzanos ó robles bajo los cuales se acurruca el hórreo ó la panera como viejo gañán bajo las frondas, tienen en su corteza las arrugas de quince lustros; pero, bajo las capas leñosas, aún circula la savia, y en su ya medio despoblada copa anida el pardal nuevo. Contemplando el paisaje en que nada ha cambiado, ni los nevados picos del fondo, ni los grupos informes del case-río, ni la roja espadaña de la ermita, ni el arroyo bordeado de chopos y álamos, ni la

alfombra de mieses, praderas y barbechos, ni el banco en que sesteaba el abuelo con la pipa en los dientes: todo parece confortar el ánimo decaído, y en aquellas auroras que dora el mismo sol, y en aquellos ocasos teñidos de iguales reflejos, todo parece murmurar: ¡*Aquí fué!*

Pero en la ciudad todo se ha transformado. El hijo pródigo, al volver, interroga en vano á las edificaciones flamantes, á las anchas vías que anima un nuevo estrépito y que hormigüea nueva muchedumbre. Donde estuvo el refugio que busca, sólo ve espacio libre; al suelo cubierto de baldosa, ha sucedido el asfalto surcado de rieles; al techo ahumado, el insondable azul. ¿En qué punto de aquel espacio abierto, á qué altura en aquella atmósfera sin accidentes, habremos de evocar las antiguas imágenes? Tal vez allí, donde rueda con su fragor de trueno el automóvil, estaba el cajoncito de nuestros juguetes. Es posible que arriba, donde se cruza el alambraje eléctrico, diéramos el primer beso á la mujer amada. Acaso en el punto mismo en que centellea el arco voltáico, el corazón de nuestra madre cesó de latir.

Todo pasó. ¿Qué importa? La vida es eso: evolución, renovación, lucha, progreso, venturas que alborean y dolores que pasan.

Sigamos señalando con el dedo en el plano las nuevas vías, los frondosos jardines, las colosales pinacotecas; no temamos dejar una huella de lágrimas. La humanidad no mira al pasado, sino al futuro, y la felicidad, como se prueba en la *Moral á Endimion*, no es para quienes pretenden evocar vanas sombras, sino para quien sabe vivir en el presente y bastarse á sí mismo.

---

## DEGENERADOS

---

Un periódico de Bilbao, *La Cruz*, desatóse, hace unos cuantos días, en improprios contra Madrid y los madrileños. Aun honrándome con serlo, no he de encomiar á mis ofendidos paisanos. Toda persona sensata sabe que no tiene Madrid el privilegio de los monomaniacos impulsivos, que insultan groseramente, á reserva de no sostener después lo que dicen pluma á pluma ni cara á cara.

Pero sí creo que es conveniente aprovechar la ocasión para averiguar á qué obedece ese afán inmoderado de ensalzar á un pueblo y menoscabar la fama de otro, á ciegas y sin equidad alguna; ese delirio, que lleva á algunas gentes á encerrar en el círculo de una región todos sus afectos y devociones; delirio que pudiera llamarse (puesto que el uso ha confundido ya el pa-

triotismo con el amor patrio) *patrioteria* regional.

—  
Ama el hombre á cuanto le rodea, porque el amor es el primero de sus estímulos y el desinterés la característica de sus afecciones. Se ama á sí mismo, á su familia, al pueblo en que nació, á su región, á su patria, á la humanidad, á lo absoluto. Todos estos afectos son legítimos, siempre que no se excluyan y conserven el orden de su importancia, porque en el ser que piensa se acentúa siempre, sobre el subjetivismo presuntuoso, lo genérico y universal.

Entonces el amor propio es noble acicate, deseo legítimo de perfeccionamiento, emulación gloriosa; el amor á la tierra en que se nace se traduce en bondad melancólica, en ansia invencible de contemplar de nuevo la sombra de aquel árbol que de niño nos dió sus frutos, ó aquel remanso en que parecieron flotar los ecos de los cantos de nuestra niñez; entonces el amor á la región es firme propósito de ennoblecerla, y á su impulso, Clavé disciplina sus coros, Iparraguirre esculpe sus tiernas estrofas, y la trova mudéjar se transforma en el dulce y apasionado canto andaluz. Entonces, el amor á la patria forma los caudillos y los guerrilleros, y graba en la historia sus ins-

cripciones de oro entre guirnaldas de laurel y amaranto; el amor á la raza nos lleva á cincelar su lengua y pulir sus costumbres, á crear nuevos y fraternales vínculos, á buscar por doquiera la selección; el amor á la humanidad, á multiplicar las maravillas científicas, las verdades sublimes, las concepciones grandiosas de los genios, que ya no tienen patria, porque no la tiene el espíritu. Por último, el amor inefable á lo eterno, inmortal y absoluto, repite en el transcurso de los siglos el psalmo de Isaías y las estrofas del Rhamayana, y cambiando sus símbolos, sus altares y ritos, perpetúa, á través del tiempo y del espacio, el sacrosanto culto de la Divinidad.

Y, sin embargo, todos esos afectos, todos esos amores, pueden sofisticarse, desviarse, caer en la más absurda aberración. Y es cuando se anteponen á todo sentimiento é idea, cuando no se conciertan ni guardan jerarquía, teniendo siempre en cuenta el predominio que alcanzar debe lo general sobre lo particular. El noble amor de sí, transfórmase entonces en *egotismo*, origen de toda codicia y fundamento de toda maldad. El amor á la aldea en que nacimos, se trueca en *vanidad de campanario*, causa de las contiendascaciquiles y luchas locales, que rebajan y desdoran. El amor á la región

conviértese en *regionalismo*, cuando no en *separatismo*, que enciende las guerras civiles y escinde la patria. El amor á ésta acaba en ruidosa patriotería, precursora siempre de los grandes desastres. El amor á la raza tórnase *imperialismo* vergonzoso. Y el mismo amor á lo Absoluto, perdiendo su carácter tolerante y altruista, se trueca en fanatismo que, ensangrentando la Historia, lleva los mártires al estadio, al potro y al *in pace* inquisitorial; y en el nombre de un Dios clemente siembra el odio, la venganza y el crimen, para derrumbarse, por fin, como el atleta hebreo, envuelto entre los escombros del templo que quiso sostener.

Es, pues, la *patriotería* regional una forma del egoísmo en cuanto forma subjetiva en odio á conceptos más genéricos; una desviación del amor, una aberración del espíritu y, no en pocos de sus apóstoles, una enfermedad cerebral.

Implicando la evolución una desintegración constante de fuerzas, seguida de una integración más perfecta y genérica, tiende cada vez más á destruir lo parcial y exclusivo y á hacer incesantemente efectiva la preponderancia sobre el individuo de la especie. En Filosofía, en Sociología, en todas

las ciencias preponderantemente humanas, se observa esta serie de fenómenos, que comienza en el desarrollo del embrión y termina en el concepto cada vez más comprensivo y total del universo. Por eso la vida tiende, como la ciencia, á socializarse; por eso la razón sustituye en toda relación la inmanencia á la trascendencia. Todo cuanto, por el contrario, como grado más ó menos genérico del egoísmo, procura el aislamiento, la paralización, ó aun el retroceso y la involución, es sencillamente un caso de atavismo, y el atavismo en los individuos en que el egoísmo se muestra, acompaña siempre á la imbecilidad ó á la epilepsia.

El egoísmo regional, el misonerismo atávico, el fanatismo religioso, la acometividad impulsiva. Tal es el cuadro sintomológico de *La Cruz*. Con él, Ferri dictaría su fallo.

«Los atávicos, dice Mr. Biondelli, hablan como salvajes, porque son como salvajes en medio de la civilización; personifican todas las cosas abstractas (entre ellas la patria local). Su lenguaje es el de los hombres primitivos.» «Amantes de Dios por sus palabras, escribe Fischer, llevan el puñal oculto sobre el corazón.» «Cuando cometen un

crimen, dice un moderno alienista, creen escuchar la voz interior de Dios ó de la Virgen que les manda matar.» «Si una lesión del cerebro, escribe sabiamente Lombroso, quita la propiedad de reconocer los colores, el primero que se borra es precisamente el último que ha aparecido en la evolución del cerebro; el sentido moral último es el primero en desvanecerse en la enfermedad.» Por eso dice Jovers que el atavismo es más constante en los epilépticos, como la inversión de lo general y lo particular en los epilépticos que en todos los demás enfermos de la masa encefálica.

Después de esto, ¿para qué discutir con quien, al sembrar discordias y exclusivismos, no hace sino seguir un impulso invencible? La tarea cae ya bajo el dominio de la terapéutica. Una constitución neuropática, un estado hereditario y una hiperestenia funcional de los órganos encefálicos, cae, para su diagnóstico, bajo el dominio de un Cajal ó un Giné y Partagás. Para su tratamiento pide un Luys ó un Charcot.

Dejemos á los locos y amemos á la región; propaguemos su lengua, reverencemos sus ideales, conservemos en la memoria sus cantos y sus leyendas; pero sepamos que sobre ese amor generoso y noble está el amor á la patria grande, en la cual nos

movemos, vivimos y somos, y que, sobre el amor á esa patria, tan necesitada de la cultura, de la transigencia y de la abnegación de sus hijos, está el sentimiento de la fraternidad entre los hombres y el amor desinteresado á la humanidad.

## MUJER Y MADRE

---

El tren corría; corría devorando el espacio negro como un monstruo más negro aún; su ojo encendido rasgaba las tinieblas, y, sacudiendo sus férreos anillos como un reptil gigante, se precipitaba con horrísono tableteo por cañadas y terraplenes, vertientes y trincheras.

Era una marcha vertiginosa, casi una caída sobre el abismo. Sin el fragor de ruedas y enganches, ¿quién hubiera podido adivinar al cíclope de acero en las negruras de la noche? ¿Quién hubiera visto su penacho de humo en aquella atmósfera saturada de la acritud de la lluvia reciente y sobre aquellos desgajados nubarrones semejantes á colosales siluetas apocalípticas?

La luna asomaba de vez en cuando su amarillo segmento para hacer las sombras más siniestras. Pero después se ocultaba tras

densos cúmulos y el agua descendía á torrentes.

Allá, en la solitaria hondonada, se alzaba la caseta del paso á nivel. El agua, despeñándose en cataratas, todo lo arrollaba en torno suyo. Terraplenes, traviesas, rieles, árboles; todo era arrastrado por aquella inundación poderosa. El genio de la destrucción parecía flotar sobre aquella embravecida corriente sin cauce.

Dentro de la caseta, el espectáculo rayaba en lo trágico. El agua, elevándose, amenazaba devorarlo todo. Tres niños tendían á todas partes sus bracitos desnudos, gimiendo con ese desgarrador lamento que no es sino el grito del instinto ante la proximidad de la muerte. Colgado de una escarpia el farol rojo y verde de la guardesa, alumbraba los restos del miserable ajuar, flotando en la cenagosa superficie de las aguas.

Y en medio, con el agua hasta la cintura, desgredada, loca de desesperación, estaba la madre, es decir, la fiera dispuesta á luchar con el torrente, con la tempestad y con el cielo mismo. A su cuello aferrábase uno de los niños con instintivo frenesí; con sus brazos desnudos y vigorosos sostenía á los otros dos por cima del nivel de las

aguas. Había que encontrar la salida, desafiarse la corriente, llegar á la ladera y ganar la escarpa. Pero se sentía con vigor: era madre; tenía vista de lince, dientes de loba y garras de tigresa. Salvaría á los hijos; sentía en su interior algo que le gritaba: *¡No, no pueden morir!*

De pronto, su oído, educado en la soledad de los montes, entre la formidable descarga del trueno y el fragor de la inundación, percibió un sordo estrépito lejano, algo así como un gran chasquido seguido de un colosal desplome. Era el puente de Fuentes que se hundía. Se hundía, y en aquellos momentos se acercaba sin duda á sus tramos el tren de Zaragoza con su marcha de expreso y su tableteo de tempestad. Un espasmo sacudió sus miembros. El tren iba á despeñarse en la cortadura; otras madres como ella, otros niños como aquellos niños estaban condenados sin misericordia; en medio de aquel teatro sublime, preñado de sombras y de horrores, centenares de seres humanos iban á sucumbir.

Entonces ocurrió algo inaudito, uno de esos hechos que esculpen los anales en oro y nácar. En las entrañas de la fiera latió el ser humano; sobre el instinto de la madre se alzó el de la mujer. Rápida, decidida, colocó sobre dos tablones á los pedazos de su

corazón, dejó al más pequeño sujeto por la escarpia, dió á todos un beso prolongado, supremo, ¡acaso el último!, y luego, empujando la argolla del farol, salió á luchar con aquel vendaval que la envolvía, con aquellas aguas que la arrastraban, hasta llegar á la empinada escarpa, á que hubo de trepar como un simio, arrastrando su cuerpo desfallecido, ensangrentando sus desgarradas carnes.

Una vez en la altura corrió como un espectro, iluminado por la cárdena luz de los relámpagos; corrió como un ser mitológico que llevara una antorcha en su frente; corrió con su luz salvando abrupteces y cortaduras; corrió sobre el cortante borde de las rocas, hasta llegar á las negras fauces del abismo.

Y allí extendió su brazo musculoso y levantó el farol, que debió iluminar su rostro lívido, socrático, desfigurado, por el martirio. Era la piedad alumbrando á los hombres; era sobre la roca el dolor redimiendo á la humanidad.

Se oyó cercano el ruido del convoy, después el silbido de alarma y el chirrido del freno automático. Apareció, por fin, al otro lado de la terrible cortadura, el ojo sangriento del tren detenido; se escuchó su resoplido jadeante al arrojar el vapor por sus costados de hierro.

Los viajeros se habían salvado.

Pero entonces la fiera lanzó su rugido; la madre despertóse de nuevo y el fantasma tornó á precipitarse, en carrera satánica, temeraria, salvaje, sobre el borde de los abismos.

Las sombras parecieron aminorarse ante la negrura de aquel corazón; la tormenta aplacó sus rugidos ante aquellos lamentos de pantera herida.

Y llegó, atravesando el torrente, salvando mil obstáculos, desafiando á la Naturaleza irritada.

Llegó, sin duda, porque á poco apareció trepando otra vez la pendiente escueta, llevando un niño risueño en cada brazo y al tercero sujeto de los dientes como una leona.

.....  
Ha ocurrido, es exacto; no he aumentado al relato una sola grandeza.

La historia no puede olvidar tales hechos y la sociedad no puede dejarlos sin galardón.

En nombre de la humanidad, de la razón, de la justicia, pido para la guardesa de Pina una pensión y la cruz de Beneficencia.

## ¡PÍCARAS!

Acababa de leer una hermosa crónica, firmada por autor ilustre. Allí se demostraba, por A más B, que sobaban hembras y escaseaban mujeres; que la falta de toda instrucción, de toda enseñanza, las hacía incapaces de compartir con el hombre un hogar tranquilo. El varón había progresado, pero la mujer habíase quedado en las lindes de la barbarie. La civilización pasaba á su lado sin rozarla con sus alas de oro. En ese embrutecimiento de la mujer, en ese su atraso inexplicable, en esa distanciaci3n entre el hombre culto y la mujer ineducada, entre el var3n instruido y la hembra ignorante, entre el ciudadano sabio y la sierva imbecil, radicaba la mayor parte de nuestras desventuras.

Leí después las declaraciones de no me acuerdo qué personaje político, y me dormí.

.....

Me encontré en otro mundo. ¡Y qué mundo! Era algo así como un planeta de San Balandrán. El eterno femenino le había creado deforme, inclinado sobre su eje, achatado por sus extremos, expuesto á los cambios bruscos de temperatura, asolado por las tormentas, sometido á las sacudidas más terribles. En su atmósfera flotaban los gérmenes de las enfermedades todas y la semilla del dolor.

La mujer al punto desplegó su fuerza, inauguró su dominación por un fratricidio y sometió á los débiles. Asesinatos colectivos, matanzas bárbaras, todo fué por ella empleado para dividir á la humanidad en castas. Los hombres fueron vendidos en el mercado, después llevados al gineceo. Durante muchos siglos la Historia fué el relato de los crímenes de algunas mujeres ambiciosas: Cira, Daría, Alejandra, Dionisia, Pompeya, Cesárea, Octavia, Claudia y Tiberia. Aparecida una religión nueva, las emperatrices promovieron contra sus adeptos las más furiosas persecuciones, después de crucificar á su fundadora, quien, para mayor claridad, hablaba siempre en parábolas.

Sobrevinieron las Bárbaras y, por cien milésima vez, se empapó en sangre la madre tierra. El saqueo, el incendio, la violación fueron la calamidad de cada día. Era

incesante la lucha entre los pueblos; el homicidio daba y quitaba el cetro y la tiara. Al cabo de los siglos dominó la Iglesia; pero la intolerancia de las papisas llenó el mundo de superstición y de sombra. Hubo escritoras que elevaron la fuerza á ley, como la fundadora de la filosofía peripatética había elevado á principio la esclavitud.

Durante el feudalismo, las nobles señoras de horca y cuchillo fueron terror de sus infelices súbditos, llegando á ejercer sobre ellos el abominable derecho de pernada. Por un exceso de superstición, monjas y reinas emprendieron interminables y estériles cruzadas, que costaron millones de vidas. Las africanas, en esto, por una villanía de doña Rodríguez y una traición de doña Opas, entraron en España, y, á fuerza de violencias, costó lanzarlas de allí siete siglos.

Ya no se arrojaba á las fieras á los mártires, pero sí al fuego á los herejes. Sobrevino entonces una caterva de soberanas sanguinarias é hipócritas: Fernanda I, Felipa II, Bonifacia VIII, Luisa XI, Inocencia VIII, Alejandra VI, Luisa XIV y la imbécil Carolina II. Más tarde, una dinastía degenerada. Por fin, la Revolución, en la cual las agitadoras jacobinas sembraron el terror decapitando á cien mil inocentes, entre los

cuales había ancianos y niños. Cesó aquello gracias á una pantera sedienta de sangre que asoló el mundo: á Napoleona Buona parte.

Durante cuarenta siglos no hubo injusticia que no se cometiese, descubridor que no fuese perseguido, infamia ó despojo que no se consumase.

Por fin, había llegado el siglo xx. Un millón de mujeres opulentas derrochaban el oro á costa de mil quinientos millones de párias muertos de hambre. La superstición era mayor que nunca. La tiranía y el despojo eran sancionados por hembras como Bismarcka, Crispa, Chamberlaina, *et cætera*.

España había llegado á la humillación y á la miseria, gracias á estadistas tan preclaras como doña Antonia Cánovas, doña Práxedes Matea y doña Valeriana Weyler. En materia científica se había quedado en que sólo se podía conocer hechos; y los hechos revelaban lucha brutal. En las costumbres habíase llegado á lo indecible. Todos los días las amantes mataban á traición á sus novios; las mujeres ebrias apaleaban á sus maridos ó los vendían en los lupanares. Las valientes hembras de *pelo en pecho* se apuñaleaban en las puertas de las tabernas. Se acordó que la escuela era inútil, y que las maestras debían vivir sin comer. Supersti-

ción, barbarie, injusticia, ignorancia, maldad; todo era obra suya.

Y, entonces, se les ocurrió una idea soberana, magnífica, sin precedentes.

Echar la culpa de todo, por su ignorancia, á los hombres.

¡A los hombres, que en nada habían intervenido, que no habían corrompido su cerebro con una falsa ciencia, ni su corazón en la lucha por el trozo de pan!

¡Los hombres eran ignorantes; no podían ponerse al lado de aquellas filósofas, legisladoras, guerreras, políticas, que habían resuelto el problema de hacer la estancia en el mundo imposible!

Y entonces desperté.

Desperté y leí la prensa con ansia.

Sus columnas estaban repletas de relatos de crímenes cometidos por hombres; el obscurantismo era defendido por hombres; la barbarie era practicada por hombres.

Chamberlain predicaba el despojo; Kropotkine, la anarquía; Constans, el reparto de un pueblo débil.

Las pobres señoras de Chamberlain, de Kropotkine y de Constans, no tenían la menor culpa de todo aquello.